



Historia con Valeria

Cuando Valeria tenía solo dos años, todos los sábados íbamos a una parcela muy grande donde vivían muchos animales: gallinas, vacas, caballos, cerdos y muchos más.

Nos encantaba ir, porque allí comprábamos leche de vaca recién ordeñada y veíamos a los animales de cerca. Un día, algo muy inesperado ocurrió: tres terneros se habían escapado del corral, y uno de ellos empezó a seguirnos corriendo como si quisiera jugar. Yo levanté a Valeria en mis brazos y corrí tan rápido como pude, gritando por ayuda mientras el ternero venía detrás. ¡Fue muy aterrador! Por suerte, un trabajador apareció justo a tiempo y logró espantar a los terneros.

Al principio fue un gran susto, pero después no podíamos parar de reír. ¡Hasta lo contamos como un chiste en la casa!

Glenda, 5° año básico.

Recuerdos del Campo

Soy la abuelita de Maggi, tengo 70 años y soy la cuarta de cinco hermanos. Cuando era pequeña, vivíamos en lo alto de Colliguay, en un lugar tranquilo, un campo que tenía unas pozas en las que nos bañábamos en los veranos. Después de los años, nos vinimos a vivir a Limache, a una localidad llamada Los Laureles. En el lugar no había luz ni agua, y el camino era de tierra.

Tengo 3 hijos, 6 nietos y una bisnieta a quienes he visto crecer. Fui muy feliz cuando llegaron a este mundo.

Recuerdo una vez, cuando era pequeña, que mi mamá me enseñó a ordeñar las vacas y a hacer quesos que nos quedaban muy ricos para la venta, también a cosechar papas, cebollas, choclos y porotos verdes.

Tuve una linda infancia, en la que crecí rodeada de gallinas, patos, chanchitos, caballos, conejos, vacas, un perro salchicha y un gato.

Hoy, vivo en Quillota y viajo todos los días para cuidar a mis amores. Soy tan feliz cuando llego en la mañana y ellos me esperan con un fuerte abrazo y un beso. Me dicen: «¡Llegaste, abuelita Maggi!», esto es impagable. Ellos llenan mi corazón de alegría y amor.

Solamente le pido a Dios que me dé más vida, salud y fuerzas para verlos crecer.

Margarita, 1° año básico.

La abuela de los secretos mágicos

Había una vez una abuela que tenía un secreto encantado: cada vez que miraba a su nieta, su corazón volvía a brillar como una estrella y sus recuerdos de infancia bailaban como mariposas de colores.

Esta abuela había vivido muchas aventuras: fue hija curiosa, esposa soñadora, mamá valiente y ahora... ¡una abuela mágica! Cada día aprendía algo nuevo de su nieta, que parecía tener súper poderes: podía encender el televisor con un solo botón misterioso y hablaba el idioma secreto de los celulares.

—¡Abuela, así se hace! —decía la niña, mientras con sus dedos resolvía los misterios tecnológicos.

La abuela, por su parte, conocía otros tipos de magia. Sabía cómo preparar galletas que olían a arcoíris, tejía zapatillas que hacían cosquillas de ternura en los pies, y contaba historias que viajaban en globos hasta la luna. —Yo te cuido, y tú me cuidas a mí —se decían con un guiño cómplice.

Juntas eran un equipo increíble, un dúo de exploradoras del cariño. Leían libros que hablaban, veían películas con dragones amistosos, y hasta inventaban canciones para las plantas del jardín.

La abuela deseaba, con todo su corazón brillante, que su nieta creciera feliz, libre, valiente y que algún día también compartiera su propia magia con el mundo.

Porque, al final, el amor entre abuelas y nietas es un hechizo eterno que nunca se rompe.

Magdalena, 8° año básico.



COLEGIO ITALIANO
DE LIMACHE

40 AÑOS



Una aventura en invierno



Era pleno invierno en la hermosa región de La Araucanía. ¡Llovía a cántaros! Mi camión iba cargado hasta el tope con madera, y el camino estaba muy resbaloso. Justo al llegar a la entrada en una cuesta, las ruedas patinaron y... ¡quedé completamente enterrado! No podía avanzar ni retroceder. ¡Estaba atrapado!

Me bajé del camión y, todo empapado por la lluvia, salí a buscar ayuda. A lo lejos, entre los árboles del bosque, vi una casita solitaria. Caminé hasta allá, chapoteando en el barro, y toqué la puerta. Un viejito mapuche muy amable me abrió. Estaba con su señora, y los dos me miraron con sorpresa. Les conté lo que había pasado, y él, sin pensarlo dos veces, me dijo:

—¡Vamos a ayudarte, peñi!

Salió al patio de atrás y llamó a su yunta de bueyes. ¡Eran enormes! Los ató con cuidado al frente del camión y les habló en voz baja, como si fueran sus amigos.

—¡Vamos, mis muchachos! —les dijo.

Y entonces, como si fuera magia, los dos animales comenzaron a tirar. ¡Y en un dos por tres sacaron el camión del barro como si fuera un autito de juguete!

Yo no podía creerlo. Les di las gracias con una gran sonrisa, y el viejito solo me guiñó un ojo, como si dijera: “Para eso estamos”.

Anónimo.

Una aventura en Lo Ovalle

Era verano del año 2019, y los animales estaban muy felices pastando en Lo Ovalle, un lugar lleno de pasto alto y delicioso, en la localidad de Casablanca.

Los campos eran perfectos para el ganado que estaba en etapa de engorda. Pero un día, ¡recibimos una noticia inesperada! El fundo había sido vendido para plantar parras, así que teníamos que llevar a los animales a otro lugar.

El gran arreo comenzó temprano en la mañana. Teníamos que mover 200 vacas al fundo que estaba justo al frente. ¡Fue todo un espectáculo! Ver cómo los animales se movían juntos, rodeados por nosotros, era algo hermoso.

El nuevo lugar donde iban a vivir los animales estaba cerca de casas muy lindas, así que necesitábamos cercarlo con alambres para que no se escaparan. ¡Nos tocó viajar a Santiago a buscar todo lo necesario!

Y así comenzó un trabajo muy, muy cansador. Tuvimos que llevar los rollos de alambre por cerros llenos de piedras, árboles y caminos difíciles. ¡Parecía que estábamos en una película de aventuras! La idea era clara: no podíamos dejar que las vacas se fueran a pasear por las casas.

Cerca del nuevo lugar había un monasterio donde vivían unas monjitas vestidas de blanco. Un día, nos encontramos con ellas, ya que se habían trasladado a nuestro fundo porque había habido un incendio cerca del suyo.

A pesar de lo cansados y sudorosos que andábamos, ellas siempre nos saludaban con una sonrisa muy amable. ¡Eran un verdadero rayito de luz en medio de tanto trabajo!

Anónimo.

Mi historia en Limache

Había una vez, en un pueblito encantado llamado Limache, una niña que nació en una casita acogedora, no en un hospital como ahora. Su familia era muy grande: ¡siete hermanos en total! Cuatro traviesos y valientes muchachos, y tres inteligentes y alegres muchachas.

Vivían en el campo, rodeados de árboles, animales y magia. Sus papás eran agricultores, y su mamá tenía un superpoder: ¡todo lo que cocinaba sabía delicioso! Con la leche de las vacas que pastaban en el prado, ella hacía pan calentito, mantequilla suave como las nubes y quesos redonditos que parecían lunas.

Por el pueblo pasaba el estero de Limache, un río que cantaba y saltaba entre las piedras. En verano, venía mucha gente de otros pueblos a poner sus carpas junto al agua, donde el sol brillaba y los grillos contaban cuentos.



En aquellos tiempos, no existían supermercados. Solo había unas tienditas mágicas llamadas emporios, donde se podía comprar justo lo necesario: una pizca de azúcar para una limonada encantada o un chorrito de aceite para freír sueños.

Pero cuando llegaban las lluvias de abril... ¡todo cambiaba! El estero se volvía un dragón de agua, corriendo con tanta fuerza que una vez se llevó un puente volando como si fuera de papel.

Y así, entre aventuras, sabores caseros y ríos cantarines, creció nuestra protagonista, en un lugar donde la magia vivía en cada rincón del campo.

Marcelina, 5 año básico.